



Relacion nueva de la admirable vida del preescelso Padre San Agustín, pozo de sabiduría, flor de grandes ingenios, maestro de la teología, ornamento de las escuelas, columna de la Iglesia, alegría de los cielos, terror del infierno, y protector de los cristianos.

PRIMERA PARTE.

Alto Dios omnipotente,
 à vuestras plantas rendido
 está un humilde devoto
 de vuestro siervo Agustino,
 confesando que vos solo
 me podeis llenar de auxilios,
 con que escriba de su vida
 lo ganado, y lo perdido:
 lo uno para escarmiento,
 y vilipendio del vicio:
 lo otro para que todos
 le imitemos advertidos.
 Nació, pues, aqueste monstruo
 (que así lo llama su hijo
 Santo Tomás Villanueva,
 espejo de comparivos)
 en la ciudad de Tagaste,
 que es de Africa dominio,

dichosa por ser su patria,
 sin que tenga mas motivo,
 en el año del Señor
 trecientos cincuenta, y cinco,
 de Noviembre à diez y nueve,
 como está en su vida escrito.
 Despues de andar à la escuela,
 y de saber lo preciso,
 al estudio le embiaba
 su padre, con fin torcido,
 qual era, segun despues
 en sus confesiones dijo,
 alcanzar entre los hombres
 honra falsa, y verse rico.
 En Tagaste, y en Madanro
 procuró salir latino,
 y lo consiguió en Cartágo,
 ciudad de estudios floridos.

La retórica tambien
aprendió en aqueste sitio,
y salió tal orador,
que la enseñó con gran vitor.
Comprehendió las demás ciencias
sin maestro, por sí mismo,
en grado tan excelente,
que enseñarlas ha podido;
mas luego se dió en juntar
con estudiantes loquillos,
y arder en ellos las llamas
de los deleytes lascivos.
A sí se echava la culpa
de tan locos desvarios,
y à la ociosidad, de que
se vió un tiempo poseido.
Tambien se queja bastante
del muy dañoso descuido
de su padre, en no criarle
virtuoso de principio;
porque como era gentil,
falto de Fe su designio
era solo el que estudiase,
y fnese honrado en el siglo.
Tambien, dice, flé ocasion
el hallarse divertido
en los teatros, que son
de las almas precipicio.
Todo le dañó bastante;
mas el mayor mal que hizo,
fué juntarse con aquellos
deshonestos mozos dichos,
tanto, que se avergonzaban,
y andavan quasi aborridos,
porque no eran tan malos,
como sus demás amigos.
Oraba su santa madre,
y estaba en llanto continuo
dandole buenos consejos;
los que despreciaba altivo,
porque tenia vergüenza
de obrar segun los avisos,
ò consejos de mugeres,
aun los de su madre finos.
Su ceguedad fué tal, que
le despeñaba en los vicios
de uno en otro, de manera,
que llegó à estar tan caído,
que diez se deleytaba,

no solo en el gusto indigno
del pecado, mas tambien
en alabarse atrevido;
y prosigue ya despues
confesando sus delitos:
Qué cosas hai, que merezcan
vituperio, sino el vicio?
Y yo huía, Señor,
de este vituperio mismo,
haciendome mas vicioso,
que en la realidad he sido.
Fingia aver hecho el mal,
y me pasaba à decirlo,
porque no me despreciasen
por continente, y sufrido.
Con tan malos compañeros
paseaba, en daño mio,
la ciudad de Babylonia,
cual si fuese un paraíso:
rebolviame en su cieno,
como en balsamo esquisito,
dejandome yo engañar,
por ser muy engañadizo.
Qué mucho, que tal suceda
à todos aquellos hijos,
que desprecian en sus padres
los consejos de Dios vivo!
De un escollo en otro escollo,
vino à dar en un abysmo
de errores de maniquéos;
porque aunque habia leído
las divinas escrituras,
le desagradó su esulo,
por humilde, sin que él
las comprehendiese el sentido:
que guarda nuestro Señor
este tan gran beneficio
para los hombres humildes,
no para los presumidos.
Nueve años (qué desgracia!)
vivió en deleytes nocivos,
aunque Dios se los agnaba,
como suele al escogido.
Dejó à Cartágo, y de ser
maestro aplaudido, y quisto
de retórica, y partióse
à Roma, lo cual sabido,
antes que lo egecutase,
por la madre, con suspiros

le rogó, que no lo hiciese;
mas como era tan ladino,
la engañó astutamente,
diciendola, que un amigo
se embarcaba, y que él iba
hasta el puerto à despedirlo.
En fin, cumplió su deseo:
llegó à Roma, y Jesus quiso,
que leyese una disputa,
que un cristiano habia tenido
con maniquéos, y otros
desengaños conocidos.
Aborreció aquesta secta
con odio incomparativo.
(Bendito sea el Señor,
que aun al malo le es propicio.)
Leyó retórica en Roma,
y apenas la hubo leído
se divulgó de su ingenio
las gracias, y requisitos.
Simaco, que era Prefecto
de Roma, bien entendido,
escogió al grande Agustin,
como à sugeto el mas digno,
para embiarlo à Milán,
de donde havian pedido
les remitiese un maestro
de retórica esquisito:
disposicion de Dios Padre,
que con su amor escesivo
lo llevaba donde estaba
Ambrosio su siervo pio.
Así lo dice Agustin,
hablando con Dios lo mismo:
Vos me llevabais à él,
para que él à vos, Dios mio.
Este gran santo, que antes
suplicaba à Dios rendido,
que libertase la Iglesia
de lógica de Agustino
le recibió con agrado,
y paternal regocijo,
y Agustin tambien à él
le cobró grande cariño.
Oíale predicar
las fiestas, y los domingos;
y aunque no lo pretendió,
en conocimiento vino,
de que la verdad eterna,

que negaban los impíos
maniquéos, se podia
defender contra sus ritos.
Con esto, y con otras cosas:
se deshizo el laberynto
de tenebrosos errores,
con que estaba obscurecido.
Tambien le ayudó bastante
el saber, que Victorino,
siendo acérrimo sectario,
se convirtió à Jesucristo,
Deseó mucho imitarle,
y mas haviendo sabido
la vida de Antonio Abad,
anacoreta de Egipto,
y de otros dos cavalleros,
que en Treveris la han leído,
y se entraron Religiosos,
renunciando al loco siglo.
Con aquesta narracion
se quedó tan compungido,
que empezó à esclamar à voces:
Qué es esto, Alipio, que oímos?
Levantanse los indoctos,
y arrebatan el Empíreo,
y nosotros nos estamos
en nuestra carne sumidos?
El bien queria curarse
mas como era mal antiguo,
à no ser Dios nuestro amparo
no lo huviera conseguido.
Hagase luego, decia
dentro de sí, tan sin brio,
que pudo mas la costumbre,
aunque no quedó vencido.
Cada pasion le decia:
por qué me dejas, bien mio?
mira, que nunca jamás
bolverás à estar conmigo:
piensas, que podrás vivir
sin nosotras, pobrecillo?
Luego vió la continencia
mostrandole gran cariño:
le enseñó un numero grande
de mozos, niñas, y niños,
de doncellas, y de viudas
hecho de sí sacrificio.
Oyó que dijo: no temas,
llega á Dios, que es compasivo,

arrójate á sus brazos,
que te mantendrá benigno:
no te dejará caer:
echate en sus brazos, digo,
pues así sanarás; mas él
se advirtió muy confundido.
Después de esta lucha fuerte,
que venció por los auxilios,
que Dios le dió, comenzaron
sus ojos à ser dos rios.
Fuese bajo de una higuera;
y en el suelo se ha tendido
llorando, cual Magdalena,
y à su Dios, y señor dijo:
hasta cuando ha de durar
tu enojo, Señor, conmigo?
hasta cuando? No te acuerdes
de mis pecados antiguos.
Viendose con tantas culpas,
otra vez ha referido:
hasta cuando? hasta cuando?
mañana, mañana, he oído.
Y por qué no hoy? por qué,
si nadie tiene à su arbitrio
sino es el rato presente,
he de querer diferirlo?
En esto que oyó una voz,
que parecia de niño,
que decia: *Toma, y lee.*
Levantóse, y abrió un libro
de epistolas de San Pablo,
y esta leccion ha leído:
No en comidas, y bebidas,
no en camas, y no en lascivos
amores, no en contiendas,
y porfias; mas vestíos
de Jesucristo, y dejar,
el demasiado arrimo
de vuestra carne, con todos
sus afectos, y apetitos.
En leyendo esta sentencia,
un rayo de luz cumplido
penetró su entendimiento,
y sus dudas satisfizo.
Por mar, y tierra su madre,
hasta Milán lo ha seguido,
pasando muchos trabajos:
(ò, lo que cuestan los hijos!)
Encargóle à san Ambrosio;

y Agustin, ya convertido,
hizo grandes penitencias
de ayunos, y de cilicios.
Determinó bautizarse
à los treinta y tres cumplidos
años de su edad, por mano
de Ambrosio, que era el Obispo.
Entre éste, y san Agustin
dijeron allí aquel hymno,
con que dá gracias à Dios
la iglesia en sus beneficios.
O, corazones paternos
de Ambrosio, y Mónica heridos,
cómo estariais de gozo
à vista de tal prodigio!
y tambien toda la Iglesia,
por mirarle convertido,
hecho, de lobo insaciable,
un humilde corderito.
Bien se deja conocer
el placer que ha recibido,
pues como à Pablo celebra
su Conversion, preferidos.
Luego salió para Africa
con su madre, y sus amigos,
y en Ostia murió quien fué
dos veces madre de un hijo.
Caminó de allí à un desierto,
à donde vivió escondido,
huyendo de todas honras,
y escribiendo grandes libros.
Por mas que se anonadaba,
Dios, que ensalza à los rendidos,
le sacó de su rincon
con un modo peregrino.
Fué, que en Bona un caballero,
para entregarse al servicio
de Dios, queria consejos,
y à san Agustin oirlos.
Súpolo el santo, y partióse
à Bona, donde era Obispo
san Valerio, el qual con gozo
le recibió agradecido.
Apenas le vió en su mano,
al pueblo influyó, y unidos
le forzaron, que aceptase
la honra de ser Presbítero.
El santo lloraba mucho,
teniendose por indigno;

y las gentes ambiciosas
le consolaban à gritos,
diciendole, que callase,
que cerea está à ser Obispo
el sacerdote, que era
lo que havia merecido.
La perfeccion evangelica
plantó en tiempo tan propicio,
que cada dia se aumenta
en parages muy distintos.
Estando enfermo, y anciano

san Valerio, lo ha elegido
sucesor al Obispado,
por estímulos divinos.
Murió san Valerio, y luego
le consagraron Obispo,
contra todo su querer;
mas gracias à Dios se hizo.
En otra segunda parte
diré, aunque poco, y frio,
lo que quepa de la vida
del muy gran padre Agustino.

SEGUNDA PARTE.

*En la cual se dá fin à la vida, virtudes y escelencias del
doctor de la Iglesia san Agustin.*

Viendo este Santo, que Cristo
sus ovejas le fiava,
à egemplo del mismo Cristo
legislador se declara,
quitando muchos abusos
en clero, y gente ordinaria
con grande suavidad,
y el egemplo que les daba.
Fundó de monjas tambien
monasterio, à donde entraban
à ser esposas de Cristo
las doncellitas honradas.
Visitaba à los enfermos,
y à las que viudas quedaban,
componia los discordes,
y sus pleytos sentenciaba;
pero lo que el Santo hacia
con mas fuerza, y mejor gana,
era guerra à los infieles,
que en aquel tiempo abundaban.
Huvo en Bona un maniquéo
engañador de las almas:
llamabase Fortunato;
mas de arguir se excusaba
con san Agustin, temiendo
su grande ingenio y su traza,
que havia experimentado
antes que se bautizára.
Por no perder la opinion,
que tenia bien sentada

entre los suyos, convino
en salir à la batalla.
Señalaronse notarios,
que escribiesen las palabras
de una, y otra parte, y fueron
à escucharlos gentes varias.
Arguyó con Agustin
como dos horas muy largas,
confesando al cabo de ellas
no tener que decir nada.
Huyóse fuera de allí,
y embió su secta errada
otro en su lugar, mas éste
no se atrevió, aunque en carta
san Agustin le decia,
que disputase, ò marchára
de la ciudad. Otro herege,
que su secta reputaba
por el mas sabio de todos,
salió luego à la demanda
con san Agustin, el cual
tanto, tanto le apretaba,
que allí en presencia de todos
dijo el infiel en voz alta,
queria ser obediente
hijo de la Iglesia santa.
Mayores disputas tuvo,
y victorias alcanzadas
con donatistas, los cuales
dijeron, que perdonaba

Dios sus pecados al que
al lobo Agustín matara,
saliendole à algun camino,
cuando predicando andaba.
Intentaronlo alevosos,
bien prevenidos de armas;
y Agustín erró el camino,
y otras veces se escapaba:
Llenos de rabiosa embidia;
las espadas afiaban,
y el Santo su lengua, y pluma,
con que à todos destrozaba.
Viendo, pues, los donatistas
la verdad tan à las claras,
que avergonzado, y vencido
salía el que disputaba,
innumerables de ellos
con Dios se reconciliaban:
y los católicos firmes
en la Fe con gran constancia.
Del propio modo vencía
los arrianos; que hallaba,
apartando de sus mieses
esta dañosa cizaña.
La victoria mas plausible,
que alcanzó su vigilancia,
fue contra Pelagio, y todos
los que su doctrina amaban.
Pelagio era inglés, y monge,
el cual fue à Roma, y andaba
entre católicos siempre
pervirtiendoles las almas.
A Sicilia pasó luego,
y el mismo intento lograba,
lo que tambien consiguió
en Inglaterra su patria.
Partióse à Jerusalén,
y de allí pasó à Africa
vestido de hypocresía,
que à san Paulino engañaba,
pues le dió el santo Prelado
para Agustino unas cartas,
que decían ser Pelagio
santo, y que así lo mirára;
mas como Agustino fue
lobo de aquella camada,
le conoció brevemente
por una, ù otra palabra.
Tomó à su cuenta la luz

del mundo, Agustino, clara,
alumbrar toda la tierra,
que obscureció este canalla.
Diez años gastó continuos
en escribir cosas tantas
contra él, que san Geronimo
por lo mismo se escusaba.
Dejémos aqúeste punto,
y pasemos à otras gracias,
que fuera nunca acabar
contar historia tan larga.
Fue Agustín tan gran doctor,
que casi todos se alaban
de ser discipulos suyos,
y de seguir sus pisadas.
Notad à Tomás de Aquino,
y conoceréis sin falta
la grandeza del maestro,
que tal discipulo saca.
No cupieron en un libro
los titulos que le daban
los santos; mas aunque tantos,
à sus méritos no igualan.
En traje de peregrino
à Cristo le dió posada,
y lavandole los pies,
le echó de ver las dos llagas.
Agradecido Jesus,
gran padre à Agustino llama,
y demás de aquesta honra,
su Iglesia le encomendaba:
despues le mostró el costado,
diciendole, que llegára
à beber de él: favor,
que para Agustín guardaba.
La Virgen nuestra Señora
madre de Dios soberana,
sus pechos, como á Bernardo,
para que el nectar mamára.
Gobierna su santa regla
religiones aprovadas
cincuenta, sacando santos
innumerables, y santas.
Asistió à siete concilios,
siendo su doctrina clara
la linterna, con que todos
los errores registraban.
Llevaronle un paralytico,
estando enfermo en la cama,

al cual tocó, y consiguió
la salud, que deseaba.
No tuvo el pobre de Cristo
de que testar, mas dejaba
à la Iglesia su doctrina,
que estima, venera, y guarda.
Murió de dolor en ver
la Iglesia tan asaltada
de los furoros heréticos;
y boló al cielo su alma,
à los sesenta y seis años
de su edad: y fue llorada
su muerte universalmente
de las gentes mas cristianas.
A la gran santa Gertrudis
la reveló Dios, que estaba
cerca del trono divino
de Agustino el alma santa.
Pasemos à sus virtudes,
teniendo en aquesta plana
la oracion primer lugar,
pues que de ella dimanar.
Escribiendo y predicando,
y cumpliendo su pesada
obligacion indecible
parece que siempre oraba.
Qué ternuras! qué suspiros!
qué afectivas alabanzas
de serafin encendidas,
de querubin por lo sábias!
Quién, à vista de este egemplo,
dirá, que tiempo le falta
para tener oracion?
mas à fe, que à sí se engaña.
Su necesidad, gran Padre,
deme à entender su eficacia,
que no me faltará tiempo,
si la miro necesaria.
En nuestra naturaleza,
monstruo los padres te llaman,
por la profunda humildad,
con que el Señor te dotaba.
Ay de mí! que de soberbia
soy Babilonia encumbrada,
y de loca presuncion
se me queman las pestañas.
Alcanzadme, santo mio,
de la piedad soberana
el propio conocimiento,

para que este viento salga.
Amante de la pureza,
recelabas, y guardabas
la castidad, que yá eras
ángel con la forma humana.
Votaste advertidamente,
que tu sobrina, y hermana
en tu casa no estuviesen:
decias, que sus criadas,
y conocidas, no eran
sobrinas tuyas, ni hermanas,
y que con este buen modo
escandalos se escusaban.
Rogad à Dios, que yo tema,
y que de este temor nazca
recato en mis pensamientos,
en mis obras, y palabras.
A la paciencia de Job
tu santa vida imitaba,
sufriendo de los hereges
la lepra de lo que hablaban.
Pedidle à Dios, que yo sufra
de mis progimos las faltas,
y que en las tribulaciones
de esta gran virtud me valga.
Tambien te pido gustoso
la virtud de la templanza,
pues no la diste à la gula
en tu corazon entrada.
Como medicina, dices,
que nuestro Dios enseñaba
à tomar el alimento:
luego está la razon clara,
que no tomarias mas,
que aquello que te bastaba,
sintiendo tener el gusto,
que irremediable se halla.
Ahora, Serafin mio,
que de tu amor me acordaba
me dá gana de llorar,
y confundirme en mí nada.
Aquel decirte el Señor:
Dime, Agustino, me amas?
y responder tú: mi bien,
un imposible pensaba:
si Agustino fuera Dios,
de serlo Agustin dejára,
porque vos, Señor, lo fuerades;
mas ya que esto no se haga,

desde hoy, Señor, de mis huesos
os formaré una lámpara,
y en vez de oleo echaré
mi sangre para que arda.
Con el prógimo tambien
tu caridad fue estremada,
bolviendo bienes por males,
como el Apostol encarga.
Dabas tan grandes limosnas,
que te quedabas sin blanca,
y por no faltar à ellas,
hasta el incensario dabas.
Qué diré de aquellos versos,
que en el refectorio estaban,
prohibiendo, que ninguno
del ausente murmurára?
Rogad à Dios, que yo le ame
sobre las cosas criadas,
y al prógimo como à mí,
guardandole las espaldas;
y tu gran desasimiento
tambien del Señor me alcanza,
con que usabas lo terreno,
como si de ello no usáras.
Grande fue tu diligencia,
pues ni un instante parabas
en buscar de Jesucristo
la honra, gloria, y la fama.
Esto solo pretendias
cuando matarte intentaban
los hereges, y el Señor
por un ángel te libraba.
Suplicad à Dios, yo sea
ángel custodio, que vaya
en la guarda de mí propio,
que soy el que mas me mata.
Y finalmente, abogado
de las miserias humanas,
inclinaos ácia el trono
del Señor, y con palabras
dignas de tu grande ingenio,
y perspicáz eficacia
ruegale, pues que supiste
por esperiencias las plagas
de este mundo, donde tienen
los gustos penas dobladas,
que nos tenga de su mano,
y gobierne nuestras plantas,

para que no nos movamos
à cosa que no le agrada.
Y por haberte criado
nuestro Señor para tanta
honra, y gloria de su nombre,
aplaudiendo tal crianza,
bendíganle desde el cielo
todos los que allí le alaban,
y para pue aquí en el mundo
con gran perfeccion se haga,
sol, luna, planetas, signos,
lucero de la mañana,
estrellas, esfera, polos,
prados, montes, yervas, plantas,
todos los cuatro elementos,
fuego, viento, tierra, y agua,
con todo lo que contiene
cada uno en sí por gracia
alabad al Criador,
como David os mandaba;
y todos los hombres juntos
le demos siempre alabanza.
Y ahora à su siervo fiel
digamos, porque le agrada:
Salve, gran padre Agustino,
à quien Cristo tanto amaba,
que te encomendó su iglesia,
como à Juan su madre sacra.
Salve, capitan valiente,
que haces de la pluma espada,
con que guardas, y defiendes
del paraíso la planta:
Salve, columna de nube,
donde su trono formaba
la eterna sabiduría,
sin que os ingrediese nada.
Salve tú, de quien notó
Volusiano, que faltaba
à la ley de Dios lo que
de comprehender te dejabas:
que es como si dijera,
que no hay en esta ley nada,
que no comprendieses tú,
Salomon de ley de gracia:
Ruega por todas las gentes
con tu paternal instancia,
para que seamos dignos
de la bienaventuranza.

E I N.

En Valencia: Por la Hija de Agustin Laborda, año de 1822.